

ACCION DE ESPAÑA EN AFRICA

Hoy ha continuado el avance.—Nuestras tropas han ocupado Atlaten.—El avance continúa victorioso

Lo que han contado a uno de nuestros redactores algunos heridos y enfermos de la campaña

JUSTINO, EL DE SAN MARTIN

—Un caballero desea hablar con un señor redactor para dar las gracias por las líneas que ha dedicado el periódico a un hijo suyo. El ordenanza no dice nada más. Salimos a recibir al desconocido. Nos encontramos con un hombre simpático, sonriente, con aspecto de campesino acomodado. Viste americana oscura, ceñida a los hombros, un poco estrechas de sisa las mangas, con ese corte especial de los sastres pueblerinos. Lleva el desconocido el rostro completamente rasurado. Se advierte su pulcro cuidado de pelo. Se advierte la barba espesa y negrísima, que apunta tras un afeitado reciente. Las facciones son grandes y duras, moreno el color, y los ojos, pequeños y sagaces, brillan con simpatía y con malicia. —Soy Gregorio Martín—exclama con voz recia—; el padre de Justino. —De Justino? —El soldado del regimiento del Rey que ha subido a Sebt el primero de todos. Nuestro visitante se yergue y echa un poco hacia atrás su cuerpo. Sonríe. Nos tiende una mano áspera, callosa, pesada, como de madera. Es el padre del héroe. Nos fijamos en él un momento, con enorme curiosidad. Su hijo está herido, está grave; pero el padre aparece contentísimo. Tiene la ciega confianza de que curará. Gregorio Martín, ancho, recio, como su hijo, se acaba de presentar ante nosotros como una representación viva y vigorosa de nuestras tierras, de nuestros campos, de nuestra raza. Es toledano. Todo en él respira sencillez, bondad, rudeza, sanas enseñanzas. Todo en él es noble y simpático: su rostro ancho y bonachón, la mano callosa, su honrado traje pueblerino, de cuyo chaleco pende un toso dije de oro macizo... Se sienta en el borde de un sillón y nos habla de su hijo. —Vengo a dar las gracias al señor director por lo muy amable que ha estado al hablar de mi hijo en el periódico... —Cita usted que en casa estamos todos muy agradecidos... Y a preguntas nuestras sobre el carácter, las costumbres, la vida del héroe de Sebt, el padre de Justino Martín nos habla de este modo: —Justino es un muchacho todo corazón. No pueden ustedes figurarse lo noble, lo bueno, lo cariñoso que es con todos nosotros. En nuestro pueblo, San Martín de Montalbán, todos le quieren, todos son amigos suyos. Pero qué digo en el pueblo! En todos los pueblos, en toda la provincia conocen a Justino, el de San Martín. En todas las fiestas es el más alegre, y en los accidentes, en las desgracias, que a veces ocurren en los campos y en los caseríos, el más decidido, el más valiente. Hubo una vez un fuego, y allá fue Justino con un azadón para subirse al tejado de la casa, entre llamas, y arriesgar su vida para combatir el siniestro. Su madre le adora; tal vez sea—esto no debía decirlo—el hijo... ¡Vamos...! No sé cómo decirlo... porque querernos, queremos a todos se les quiere igual, tan valiente... tan decidido, tan revoltoso, tan valiente... ¿Usted me comprende? —Lo comprendemos perfectamente. Se lo hablamos adivinado ya mucho antes admiración paternal. —Justino era el más revoltoso, el más díscolo tal vez. Mientras su hermano hizo tiempo, el de San Martín, se retiró en los autobuses para Obras públicas porque, como se sabía perfectamente la lección, le sobraba un momento de duda, y por no con un poco díscolo, como es vivo de genio y un poco díscolo, echó todo a rodar. —Hasta el padre, que acusa, por su parte, un temperamento de gran energía, valiente como un dibujo, la figura del héroe de Sebt. —No es un aventurero, no es un camo-

rrista. Es valeroso, decidido, nada más. Ama el peligro y le gusta desafiar el riesgo. Su hermana Milagritos le llama «mi guerrero». ¿Por qué, si Justino no había sido guerrero nunca? Por su temperamento, por las ideas personales expuestas en el hogar, al amor de la lumbre, después de la cena, cuando levantados los manteles por Milagros y la otra hermana soltera, Justino hablaba con vehemencia de la guerra de Melilla, ante el rostro bonachón y ourtido del padre, que oía atentamente. Un día Justino marchó a Madrid para sentar plaza en el regimiento del Rey. ¿Por qué el Inmemorial y no otro regimiento? Por el nombre principalmente. El Rey es valiente, es simpático. Justino siente admiración y cariño por el Rey. Dentro de su corazón, donde palpitan todas las sencillas enseñanzas, las nobles, las áureas enseñanzas del maestro y del cura de San Martín de Montalbán, algo le hablaban del Rey, de su Rey, y con fuerza de emoción inexplicable, de la patria. Y repetía el nombre de la patria ante los suyos, muy serio, un poco exaltado, con afirmaciones que hacían abrir los ojos de los hermanos solteros y de los mismos padres. La palabra no cabía dentro del pequeño recinto de la casa solariega; era escaso y pobre aquel modesto ambiente para ella. Quería Justino ir a servir al regimiento del Rey. ¡Qué locura!, decían las hermanas. Y la madre, emocionada, temerosa, se negaba resueltamente, con vivas protestas, mirando de soslayo a aquel gigantón, de cuerpo recio, sano y vigoroso, que ella había dado al mundo y que era su hijo. Hubo muchas y serias disensiones. La madre de Justino no es una campesina vulgar. En el fondo del pueblo, sin ambiente para ello, posee una gran cultura. Tiene una pequeña biblioteca y con frecuencia trata de cuestiones arduas con sus hijos, que llevan a San Martín las últimas ediciones de interesantes publicaciones madrileñas. Justino tuvo que luchar con el escondido amor maternal. En su afán de emociones y de vida intensa, Justino no acertaba a descubrir toda la fuerza irresistible de este amor. —Déjeme, madre. No me pasará nada... Hay que servir a la patria en estos momentos. Pero usted, que es tan buena, que es tan religiosa, tan acendradamente religiosa, ¿cómo no me deja marchar a ayudar a los míos, a los soldados que luchan en Marruecos por una causa santa? Y la madre sólo sabía responder: —Es una locura; no te lo permito. ¡No quiero quedarme sin un hijo...! —¿Y marchó a Marruecos sin el permiso de sus padres?—preguntamos. D. Gregorio Martín, que permanece sentado delante de nosotros, afable y comunicativo, se yergue en este momento y su rostro adquiere un grave gesto. Después responde, con un convencimiento profundo: —¡Ah, no! De ninguna manera. ¿Sin el permiso de sus padres? Justino no hace eso; no ha hecho eso nunca; no lo hubiera hecho jamás. Marchó a Madrid después de obtener la correspondiente licencia. En mi casa estamos acostumbrados a estas cosas. «Ha sido de siempre...»

—Gregorio Martín. En el pueblo de San Martín de Montalbán tiene usted un servidor y un amigo. No somos ricos—dice modestamente—, pero tenemos un medio de pasar. Todo está a la disposición de ustedes... Espero que mi hijo curará. He leído que tiene tres heridas. Aún no hemos recibido noticias suyas. En automóvil vine rápidamente a Madrid, apenas me dijeron lo que ocurría; pero nada más he sabido. Todos me agobian a preguntas. Los hermanos Lalanda, íntimos de mi hijo, no se apartan de mi lado. Todos estamos orgullosos del comportamiento de Justino. Dígame así en el periódico. Creo que pronto curará. No he sentido lo que ha pasado mas que por el disgusto que ha sufrido su madre, que silenciosamente y con una resignación de santa, se pasa las horas llorando calladamente, con el rosario entre los dedos, pidiendo a Dios por la vida de su hijo Justino... * Cuando se levanta Gregorio Martín, su silueta, de espaldas formidables, se recorta ante la luz viva que proyecta el balcón. Nos tiende la mano. Se nos ofrece:

desgraciado. Ambos son soldados, ambos habrán de cumplir con su deber. Y acabó con una de esas arengas sencillas, análogas todas, que sólo tienen un canto especial, que les presta todo su sabor en los campamentos y en los patios de los cuarteles. Justino se llevó al soldado, que iba pálido y silencioso. A sus ojos asomaban dos lágrimas. Caminaba al lado del atlético voluntario como al lado del verdugo. Pero el verdugo se paró de pronto, le miró a los ojos, le sacudió un papirotazo terrible en un hombro y le dijo en secreto: —No te apures, hombre. Tú ponte siempre a mi lado en Melilla, y verás cómo no te pasa nada... * Cuando se levanta Gregorio Martín, su silueta, de espaldas formidables, se recorta ante la luz viva que proyecta el balcón. Nos tiende la mano. Se nos ofrece:

(POR TELEGRAFO)

El enemigo Melilla.—Las noticias que traen todos los confidentes son de que el enemigo está muy decaído por la derrota sufrida. Dicen que para animar a los combatientes había llegado Abd-el-Krim con una especie de corte y Estado Mayor de notables, acompañados por escoltas de cabileños distinguidos y bien armados. Días antes del combate y durante el mismo, en la retaguardia, los santones predicaban para levantar los ánimos, abatidos por las pasadas derrotas, profetizando que Nador y Tahuima caerían de nuevo en poder de los fieles del Islam.

Ataque a un automóvil En las proximidades de la quinta caseta un grupo de rebeldes salió al paso de un automóvil blindado. Sus conductores y ocupantes sostuvieron un duro encuentro con los saltadores, que no cejaron en su propósito hasta que fueron muertos por los nuestros. El «auto» continuó su viaje. **S. I. r. a. d. o.** Melilla.—Un soldado del regimiento del Rey, en el asalto a Sebat recibió un balazo de el pecho, y al sentir el golpe de la bala se echó mano al lugar en que se suponía herido. Entoñces vió con estupefacción que la bala había atravesado toda la ropa y resbaló en la medalla de la Virgen del Pilar que llevaba puesta. Este soldado resultó ileso.

Llegada de tropas Esta mañana han llegado a Melilla un batallón del regimiento de Galicia, que estaba en Jaca; uno de Isabel la Católica, que estaba de guarnición en Coruña; uno de Alcántara, que se encontraba en Barcelona; uno del Príncipe, que pertenece a Oviedo, y uno de Valladolid, procedente de Huesca. El desfile por la calle de Alfonso XIII fué presenciado por entusiasta muchedumbre. **Higiene** Como las autoridades no encontraban jornaleros que, mediante la retribución de cinco pesetas diarias, se dedicaran a la limpieza de las calles, llenas de lodo desde el último temporal, la Policía practicó pesquisas para averiguar a qué ocupación se entregaban muchos jornaleros que habitaban en los barrios exteriores, y habiéndose sabido que muchos vivían de la caridad pública, se les ha obligado a trabajar en la higienización de la ciudad. **El «Reina Regente»** Ha fondeado el crucero Reina Regente, que viene en viaje de instrucción de guardias marinas. Al fondear saludó al buque insignia del vicealmirante.

El «Alicante» Melilla.—Ha salido con rumbo a Cádiz el vapor Alicante, con 335 heridos y enfermos. **Revista** Las posiciones de Sebt y Ulad Daud fueron revistadas por el alto comisario y comandante general. Las fortificaciones en dichas posiciones terminaron ayer. El convoy llegó a su destino, sin haberse oído un tiro. **Telegramas de felicitación y gratitud** El telegrama recibido por el general Berenguer del ministro de la Guerra dice así:

«Gobierno todo se asocia a la felicitación que he tenido el honor de dirigir a V. E. por la brillante jornada de hoy.» La contestación del alto comisario al Rey dice así: «Señor: La real felicitación que Vuestra Majestad ha tenido la bondad de dirigir a este

ejército es la mayor recompensa a que aspira y el más noble estímulo para intensificar nuestra labor, a fin de que ella redunde en beneficio de la patria y aumente el cariño y afecto que sentimos por Vuestra Majestad.»

Tranquilidad En todo el frente reina completa tranquilidad. **Comunicación cablegráfica** Melilla.—Ha quedado abierto al servicio público el nuevo cable Málaga-Melilla. **El «sport», de matar moros** Melilla.—Ha venido un capitán inglés, de la familia del duque de Connaught, con una inmensa fortuna, de voluntario al Tercio. Interrogado por la causa de su determinación, decía ingenuamente que matar moros era el único «sport» que le faltaba. Como se trata de un hombre inteligente y decidido, pronto fué ascendido a sargento. Hace pocos días pidió permiso para ir a cazar moros con 15 o 20 voluntarios. Se lo concedieron; estuvo todo el día por entre las chumberas y matorrales enemigos, y a la noche, él sólo había matado tres; entre sus compañeros, un par de docenas, y trajeron cinco prisioneros. Ellos no tuvieron una sola baja. Según este capitán inglés, los españoles son los soldados más valientes que ha visto; pero no son cazadores, que es la cualidad indispensable para esta clase de guerra. No saben aguardar escondidos hasta que la pieza sea tiro seguro, y por disparar antes de tiempo suelen comprometer el resultado.

LOS REYES EN LOS HOSPITALES Algunos de los hospitalizados en Carabanchel narran sus penalidades y proezas

Ayer tarde visitó también a los heridos Su Majestad el Rey, que fué al hospital de Santa Adela, acompañado de sus ayudantes. El Soberano permaneció dos horas en el hospital. Habló con todos los heridos, y su visita fué análoga a la que hizo la Reina por la mañana. Don Alfonso quedó complacido por lo bien atendidos que están los heridos alojados en dicho centro benéfico. También estuvieron en el Hospital Militar de Carabanchel SS. MM. los Reyes.

Como ya se sabe, la mitad de los heridos que anteayer llegaron a Madrid halláanse allí hospitalizados y los Reyes quisieron visitarlos y enterarse personalmente del estado en que se encuentran. A poco de llegar las augustas personas, acudieron al hospital el ministro de la Guerra y el capitán general de Madrid, que se hallaban en San Fernando del Jarama presenciando unas prácticas de Artillería, y que allí tuvieron noticia de la visita de los Soberanos.



DE TEJAS ARRIBA El ministro.—¿Conque a cuatrocientos metros? Un aviador.—Sí... Durante unos minutos ha sido usted un político de altura.

